



ASCENSIONE DEL SIGNORE – CONSEGNA E LETTURA DELLA BOLLA DI INDIZIONE DEL GIUBILEO 2025

CAPPELLA PAPALE

OMELIA DEL SANTO PADRE FRANCESCO

Basilica di San Pietro

Giovedì, 9 maggio 2024

Entre cánticos de júbilo, Jesús ascendió al cielo, donde está sentado a la derecha del Padre. Él —como acabamos de escuchar— venció la muerte para que nosotros heredáramos la vida eterna (cf. *1 P* 3,22). La Ascensión del Señor, por tanto, no es un distanciamiento, una separación, un alejamiento de nosotros, sino que es el cumplimiento de su misión: Jesús bajó a nosotros para hacernos subir hasta el Padre; se abajó para enaltecernos; descendió a las profundidades de la tierra para que el cielo se abriera de par en par sobre nosotros. Él destruyó nuestra muerte para que pudiéramos recibir la vida, y para siempre.

El fundamento de nuestra esperanza es este: que Cristo ascendido al cielo introduce en el corazón de Dios nuestra humanidad cargada de expectativas e interrogantes, y «ha querido precedernos como cabeza nuestra, para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su reino» (*Prefacio I de la Ascensión del Señor*).

Hermanos y hermanas, esta esperanza —enraizada en Cristo muerto y resucitado—, es la que queremos celebrar, acoger y anunciar al mundo entero en el próximo Jubileo, que ya está a la vuelta de la esquina. No se trata de un mero optimismo —digamos un optimismo humano— o de una expectativa pasajera ligada a alguna seguridad terrena, no, es una realidad ya realizada en Jesús y que se nos comunica también a nosotros cada día, hasta que seamos uno en el abrazo de su amor. La esperanza cristiana —escribe san Pedro— es «una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera» (*1 P* 1,4). La esperanza cristiana sostiene el camino de nuestra vida, incluso cuando se vuelve tortuoso y difícil; abre ante nosotros horizontes de futuro cuando la resignación y el pesimismo quisieran tenernos prisioneros; nos hace ver el bien posible cuando el mal parece prevalecer; la esperanza cristiana nos infunde serenidad cuando el corazón está agobiado por el fracaso y el pecado; nos hace soñar con una humanidad nueva y nos infunde valor para construir un mundo fraterno y pacífico, cuando parece que no vale la pena comprometerse. Esta es la esperanza, el don que el Señor nos ha dado con el Bautismo.

Queridos hermanos y hermanas, mientras nos preparamos al Jubileo con el Año de la oración, elevemos nuestro corazón a Cristo, para convertirnos en *cantores de esperanza* en una civilización marcada por un exceso de desesperación. Con los gestos, con las palabras, con nuestras elecciones cotidianas, con la paciencia de sembrar un poco de belleza y de amabilidad en donde quiera que estemos, queremos cantar la esperanza, para que su melodía haga vibrar las cuerdas de la humanidad y despierte en los corazones la alegría despierte la valentía de abrazar la vida.

En efecto, nos hace falta la esperanza. Todos la necesitamos. Y la esperanza no defrauda, no lo olvidemos. La necesita la sociedad en la que vivimos, a menudo inmersa sólo en el presente e incapaz de mirar hacia el futuro; la necesita nuestra época, que a veces se arrastra cansadamente entre la monotonía del individualismo y del «irla pasando»; la necesita la creación, gravemente herida y desfigurada por el egoísmo humano; la necesitan los pueblos y las naciones que afrontan el mañana



cargados de preocupaciones y temores, mientras las injusticias se prolongan con arrogancia, los pobres son descartados, las guerras siembran la muerte, los últimos siguen estando al final de la lista y el sueño de un mundo fraterno corre el riesgo de aparecer como un espejismo. La necesitan los jóvenes, que frecuentemente se sienten desorientados pero deseosos de vivir en plenitud; la necesitan los ancianos, a quienes la cultura de la eficiencia y del descarte ya no sabe respetar ni escuchar; la necesitan los enfermos y todos aquellos que están heridos en el cuerpo y en el espíritu, que pueden encontrar alivio con nuestra cercanía y nuestros cuidados.

Y, además, queridos hermanos y hermanas, la Iglesia necesita esperanza, para que, incluso cuando experimente el peso de la fatiga y de la fragilidad, no olvide nunca que es la Esposa de Cristo, amada con amor eterno y fiel, llamada a custodiar la luz del Evangelio, enviada para llevar a todos el fuego que Jesús trajo y encendió en el mundo de una vez para siempre.

Cada uno de nosotros necesita esperanza; la necesitan nuestras vidas a veces cansadas y heridas, nuestros corazones sedientos de verdad, bondad y belleza, nuestros sueños que ninguna oscuridad puede apagar. Todo, dentro y fuera de nosotros, anhela esperanza y busca, aun sin saberlo, la cercanía de Dios. Nos parece —decía Romano Guardini— que el nuestro es el tiempo del alejamiento de Dios, en el que el mundo se llena de cosas y la Palabra del Señor mengua; sin embargo, afirma que «cuando llegue el momento —y llegará, tras el paso de las tinieblas— y el ser humano pregunte a Dios: “Señor, ¿dónde estabas entonces?”, Él responderá: “¡Más cerca de ti que nunca!”. Tal vez Dios esté más cerca de nuestros gélidos tiempos de lo que lo estuvo en el Barroco, con el esplendor de sus iglesias, o en la Edad Media, con la plenitud de sus símbolos, o en el cristianismo primitivo, con su joven valor ante la muerte [...]. Pero Él espera [...] que permanezcamos fieles a Él a través de la distancia. De ella podría surgir una fe no menos válida, de hecho, más pura quizá, más robusta en todo caso, que en los tiempos de la riqueza interior» (R. Guardini, *Aceptarse a uno mismo*, Madrid 2023, 67).

Hermanos y hermanas, que el Señor resucitado y ascendido al cielo nos dé la gracia de *redescubrir* la esperanza —redescubrir la esperanza—, de *anunciar* la esperanza y de *construir* la esperanza.

Los enemigos de la Esperanza

Para ser "constructores de esperanza" es necesario ser, ante todo, personas de esperanza. Y educar a la esperanza hoy implica saber quiénes son los enemigos de la esperanza. Porque la esperanza, como todo bien en este mundo, tiene sus enemigos: la resignación, el pesimismo, la desesperación, el falso optimismo.

Y me ha venido a la mente primero el mito de Prometeo, y luego el mito de la caja de Pandora. Y os voy a decir por qué: hasta 2019, es decir, antes de que el Covid-19 estallara en Wuhan, China, en noviembre de ese año, el hombre había llegado a creer que podía ser a-mortal. Las grandes calamidades que siempre habían devastado a la humanidad, el hambre, la peste, la guerra, parecían estar, si no desaparecidas, al menos bajo control.

¡Cierto! Todavía hay hambre en el mundo y 1,200 millones de personas la padecen gravemente, pero no por falta de alimentos... sino por la injusta distribución de los alimentos. ¡Bastar pensar en los millones de toneladas de alimentos que se desechan cada día!

¡Cierto! Hay enfermedades y cada año millones de personas siguen muriendo a causa del HIV, la malaria y otros virus, pero lejos de las plagas del pasado incluida la 'gripe española' que en tres años



mató a más de 50 millones de personas, y somos capaces no sólo de crear antivirus, sino sobre todo de recrear células, tejidos, órganos, prometiendo una vida infinita, ser a-mortales!!!

¡Cierto! Hay guerras aquí y allá, bastaría recordar la de Rusia-Ucrania, la de Hamás (Franja de Gaza), la de Hezbolá (Líbano/Irán-Israel), la de Siria, la de Yemen, Etiopía, Sudán del Sur, etc. Pero en general muy limitadas, ya que después de que los Estados Unidos explotaron las dos primeras bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki (agosto de 1945), ningún otro país se ha atrevido hasta hoy a utilizar la energía nuclear, consciente de que ello supondría el fin de la humanidad.

Esta visión prometeica la podemos obtener leyendo la trilogía de Yuval Noah Harari (Homo sapiens – Homo Deus – 21 respuestas para el siglo XXI), aunque después del descubrimiento y desarrollo de la Inteligencia Artificial quedó mucho más perplejo y cauteloso precisamente porque no se sabe hasta dónde podría llegar esta.

Pero toda esa arrogancia que nos hizo sentir como Prometeo por robarle el fuego a Zeus se derrumbó cuando una molécula de ARN, invisible excepto bajo un microscopio, entró al escenario mundial sin invitación ni advertencia. Y entonces, por primera vez, el mundo entero, sin excepción, ante la pandemia de Covid tuvo que ponerse de rodillas, encerrarse en sus casas, vaciar las ciudades, suspender todos los grandes eventos programados... y reconocer su fragilidad esencial y el miedo y la existencia de la muerte.

Es cierto que la ciencia no falló al conseguir crear vacunas contra esta pandemia en un tiempo récord, pero lo cierto es que aún hoy, después de cuatro años y medio, seguimos condicionados por ella. Y cuando estábamos a punto de ver la salida del túnel, llega la guerra, la primera en Europa, con amenaza de convertirse en una guerra global y nuclear, “la Tercera Guerra Mundial”.

Recordemos, pues, el mito de Prometeo a Pandora:

De Prometeo a Pandora

Cuando Prometeo le roba el fuego a Zeus, obtiene su famosa y terrible venganza. En concreto, el padre de todos los dioses lo encadena a una cima del Cáucaso donde durante el día un halcón lo desgarrar, alimentándose de sus entrañas, que vuelven a crecer por la noche. Se trata de *un castigo cíclico e infinito*, propio de la literatura mitológica de origen helénico; es un castigo sin fin y sin solución.

Pandora: “todos los regalos” del cielo a la tierra

Tras el episodio de Prometeo, Zeus decide vengarse también de los mortales. Primero les regala una mujer o **Pandora** (etimológicamente, del griego, "todos los regalos"). Pandora es la encarnación de *todas las virtudes femeninas*.

En efecto, el panteón, femenino y no sólo, une fuerzas para convertirla en un verdadero unicum.

- Afrodita le da su belleza;
- Era le enseña las artes manuales;
- Apolo le otorga el don de la música;
- Atenea le da el aliento de vida;
- Hermes la dota de curiosidad (la misma que desde entonces ha estado indisolublemente ligada al género femenino).



Hasta que llega el turno de Zeus que le otorga **el regalo más fatal**: el vaso.

El vaso de Pandora

¡Conservar, pero no abrir!

El padre de todos los dioses hace su jugada y le **entrega a Pandora un vaso** dentro del cual **ha encerrado todos los males** que podrían caer sobre los mortales, para protegerlos, al menos eso pensamos.

En el mito de Pandora, la protagonista promete mantener el vaso cerrado hasta el final de sus días. Pronto, sin embargo, esta promesa se rompe precisamente a causa de su curiosidad.

Cuando el contenedor se abre, la vejez, los celos, las enfermedades, el dolor, la locura y los vicios caen sobre el género humano. Pandora condena a la raza humana a estas desgracias para siempre, realizando así la venganza de Zeus por el robo de Prometeo.

En el fondo del vaso: la esperanza

Pandora intenta cerrar el vaso, logrando que solo quede una última cosa en su interior. Es **la esperanza** –que los griegos llaman “*elpis*”– la que permanece encerrada.

El mundo cambia para siempre, la humanidad está condenada hasta el día en que Pandora decida reabrir la caja y devolverle finalmente la esperanza al mundo.

Este mito nos narra por qué es tan importante para la humanidad la esperanza. No es verdad que ‘hasta que hay vida, hay esperanza’, como se suele decir. Más bien es lo contrario: es la esperanza que tiene en pie la vida, la protege, la custodia y la hace crecer. Si los hombres no hubieran cultivado la esperanza, si no se hubieran sostenido en esta virtud, no habrían salido jamás de las cavernas, y no habrían dejado huellas en la historia del mundo. Es lo más divino que pueda existir en el corazón del hombre.

Un poeta francés -Charles Péguy- nos ha dejado páginas estupendas sobre la esperanza (Cfr. El pórtico del misterio de la segunda virtud). Él dice poéticamente que Dios no se maravilla tanto por la fe de los seres humanos y mucho menos por su caridad; en cambio lo que verdaderamente lo llena de maravilla y emoción es la esperanza de la gente. ‘Que esos pobres hijos -escribe- vean como van las cosas y que crean que irá mejor mañana’. La imagen del poeta evoca los rostros de tanta gente que ha transitado por este mundo -campesinos, pobres obreros, emigrantes en busca de un futuro mejor- que han luchado tenazmente no obstante la amargura de un hoy difícil, colmados de tantas pruebas, pero animados por la confianza que los hijos tendrían una vida más justa y más serena. Luchaban por sus hijos, luchaban en la esperanza.

La esperanza es el impulso en el corazón de quien parte dejando la casa, la tierra, a veces familiares y parientes -pienso en los migrantes- para buscar una vida mejor, más digna para sí y para sus seres queridos. Y es también el impulso en el corazón de quien los acoge: el deseo de encontrarse, de conocerse, de dialogar...

La esperanza es el impulso a ‘compartir el viaje’, porque el viaje se hace de a dos: los que vienen a nuestra tierra, y nosotros que vamos hacia sus corazones, para entenderlos, para entender su cultura, su lengua. Es un viaje de a dos, pero sin esperanza ese viaje no se puede hacer. La esperanza es el impulso a compartir el viaje de la vida. ¡Hermanos, no tengamos miedo de compartir el viaje! ¡No tengamos miedo! ¡No tengamos miedo de compartir la esperanza!

La esperanza no es una virtud para gente con el estómago lleno. Por esto desde siempre, los pobres son los primeros portadores de la esperanza. Y en este sentido podemos decir que los pobres, también



los mendigos, son los protagonistas de la Historia.

Para entrar en el mundo, Dios ha necesitado de ellos: de José y de María, de los pastores de Belén. En la noche de la primera Navidad había un mundo que dormía, recostado en tantas certezas adquiridas. Pero los humildes preparaban escondidamente la revolución de la bondad. Eran pobres de todo, alguno emergía un poco sobre el umbral de la supervivencia, pero eran ricos del bien más precioso que existe en el mundo, es decir, el deseo del cambio.

A veces, haber tenido todo de la vida es una desgracia. Piensen en un joven al cual no le han enseñado la virtud de la espera y de la paciencia, que no ha tenido que sudar para nada, que ha quemado las etapas y a veinte años ya sabe cómo va el mundo; le ha sido destinada la peor condena: aquella de no desear más nada. Es esta la peor condena: cerrar la puerta a los deseos, a los sueños. Parece un joven, en cambio ha bajado el otoño sobre su corazón. Son los jóvenes del otoño.

Tener un alma vacía es el peor obstáculo a la esperanza. Es un riesgo al cual nadie puede estar excluido; porque ser tentados contra la esperanza puede suceder también cuando se recorre el camino de la vida cristiana.

Los monjes de la antigüedad habían denunciado uno de los peores enemigos del fervor. Decían así: ese 'demonio del mediodía' que va juntarse a una vida de empeño, justamente cuando en lo alto arde el sol. Esta tentación nos sorprende cuando menos lo esperamos: las jornadas se vuelven monótonas y aburridas, ningún valor más parece merecer la fatiga. Esta actitud se llama *desidia* y corroe la vida desde dentro hasta dejarla como un contenedor vacío.

Cuando esto sucede, el cristiano sabe que esa condición debe ser combatida, jamás aceptada pasivamente. Dios nos ha creado para la alegría y para la felicidad, y no para complacernos en pensamientos melancólicos. Es por esto que es importante cuidar el propio corazón, oponiéndonos a las tentaciones de infelicidad, que seguramente no provienen de Dios.

Y allí donde nuestras fuerzas parecieran débiles y la batalla contra la angustia particularmente dura, podemos siempre recurrir al nombre de Jesús y recordar su triunfo sobre la muerte. ¡La resurrección, en efecto, ha llenado de esperanza el mundo y le ha abierto a la vida una ventana hacia la eternidad! Podemos repetir esa oración simple, de la cual encontramos huellas también en los Evangelios y que se ha convertido en el fundamento de tantas tradiciones espirituales cristianas: “¡Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, ten piedad de mi pecador!”. ¡Bella oración! “¡Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, ten piedad de mi pecador!”. Esta es una oración de esperanza, porque me dirijo a Aquel que puede abrir de par en par las puertas y resolver los problemas y hacerme ver el horizonte, el horizonte de la esperanza.

Hay que recordar por ello que no estamos solos a combatir contra la desesperación. Si Jesús ha vencido al mundo, es capaz de vencer en nosotros todo lo que se opone al bien. Si Dios está con nosotros, nadie nos robará esa virtud de la cual tenemos absolutamente necesidad para vivir. Nadie nos robará la esperanza. ¡Vayamos adelante!».

Educar en la esperanza

“In spe salvi”, la encíclica sobre la esperanza ha sido el último regalo del Papa Benedicto XVI al cristianismo, una sentida invitación a recuperar las raíces de la esperanza para dar cuenta de ella a quienes nos rodean, tal vez tentados por la resignación o incluso por la desesperación. Y es un tema



que hace vibrar el alma del evangelizador y del educador ante tantos jóvenes, y no sólo jóvenes, que parecen desprovistos de esperanza, pesimistas respecto del presente, desconfiados respecto del futuro, incapaces de grandes sueños y compromisos realistas. Y nos preguntamos si todavía es posible evangelizar y educar cuando faltan el impulso para crecer y la motivación para el compromiso y el evangelizador y el educador ya no saben en qué apoyarse, encontrando una fuente interior que se ha secado.

“Esperanza” es una palabra grande, pero también ambigua; en el sentido común parece indicar el armario de los deseos incumplidos, una revancha ilusoria por los límites, una compensación por las heridas de la vida, una ensoñación cuando uno escapa de la dura realidad; a menudo denuncia una huida de la concreción de la vida y de los compromisos de la historia. Y olvidamos que la esperanza está íntimamente relacionada con el realismo: porque es la tensión de alguien que, habiendo recorrido ya un tramo de la vida, habiendo saboreado ya algo de su valor, de sus posibilidades y de su dignidad, dirige sus pasos hacia una meta que aún no ha alcanzado porque anhela algo más; entonces sigue caminando aunque con dificultad hacia un horizonte que su mirada puede intuir, entonces no se limita a esperar el futuro sino que lo construye dentro del presente y no se limita a sufrir la historia, sino que, en la medida de lo posible, la transforma; y cuando los reveses quieren derribarlo, él saca a relucir el coraje del luchador. Realismo, por tanto; tanto más si se basa en la fe en el Señor Resucitado; la esperanza, entonces, aun asumiendo, purificando, orientando y reforzando todas las esperanzas humanas, las trasciende siempre hacia ese más y ese más allá que viene sólo de Dios y que se nos dona en el Espíritu presente en el corazón del hombre pero también en la maraña de la historia y el destino de la creación. No vivimos sólo de palabras “penúltimas”, porque ellas adquieren pleno valor cuando damos espacio a una palabra “última”, aquella que da sentido y valor a todas nuestras palabras, incluso cuando son balbuceadas entre lágrimas.

***No somos seres vivos cuyo horizonte sea la muerte,
sino somos seres mortales cuyo horizonte es la vida***

Hoy más que nunca es necesario garantizar el futuro a la humanidad. Ésta debe ser capaz de "atreverse al futuro" que es posible gracias a la esperanza, que es capaz de ir más allá de las previsiones siempre provisionales y parciales de las que el hombre es capaz y es capaz de abrir el camino hacia ese futuro que no es simplemente futurum, sino adventus, en cuanto permanece como tal, más allá de sus posibles e inevitablemente parciales realizaciones y anticipaciones en la historia. De hecho, permanece indisponible, dado, siempre cercano y nunca completamente poseído ni detenido, y nunca puede volverse presente y, por lo tanto, pasado. Es precisamente la falta de este futuro que es adventus, esperanza, lo que caracteriza a la era posmoderna. Una reflexión fiel debe asumir estas exigencias, con todo lo que ello significa para la comprensión del hombre y de su actuar, en un tiempo en el que desde muchos puntos de vista parece que se está avanzando hacia el «oscurecimiento de la esperanza», como escribió Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Ecclesia in Europa de 2003, n. 8. Si por una parte, sin embargo, el Papa, presentando la condición de la Europa moderna, denunció con dureza el hecho de que «el tiempo que estamos viviendo [...] con sus propios desafíos, aparece como un tiempo de confusión. Muchos hombres y mujeres parecen (de hecho) desorientados, inciertos, sin esperanza y no pocos cristianos comparten estos estados de ánimo» (n. 7), por otra parte, un poco más adelante, el mismo pontífice habla de la «irreprimible nostalgia de esperanza», porque el hombre no puede vivir sin esperanza, so pena de una vida «condenada a la insignificancia», una vida que «se volvería insoportable» (n. 10).

La Encíclica *Spe Salvi* del Papa Benedicto XVI (2007) y ahora la Bula de Convocatoria del Jubileo 2025, *Spes non confundit* del Papa Francisco (2024) actualizan la dramática situación que estamos



viviendo a un nivel que ya no es europeo sino mundial, el que es una llamada para “redescubrir la esperanza, anunciar la esperanza, construir la esperanza”.

Por eso, si bien quizá es más fácil entregarse a un análisis despiadado y previsible del presente con todos sus lados oscuros y sus grietas, es tarea del cristiano identificar y hacer aflorar todos aquellos signos de esperanza de los que el tiempo presente también está preñado, no sólo para la Iglesia, sino también para el mundo entero, los pueblos y las naciones. «Para los creyentes, Jesucristo es la esperanza de toda persona porque da la vida eterna. Él es «la Palabra de vida» (1 Jn 1,1), que vino al mundo para que los hombres «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Él nos muestra así cómo el verdadero sentido de la vida del hombre no queda encerrado en el horizonte mundano, sino que se abre a la eternidad» (n. 21). En virtud de lo que espera, el hombre es responsable ante Dios, porque en última instancia es a Dios a quien espera y busca en la construcción de la ciudad terrena.

El Desafío de la Esperanza

Despertar la esperanza

Si miramos la cultura general vemos que estamos inmersos en un clima de relativismo y nihilismo según el cual nada tiene fundamento, nada tiene significado, nada tiene valor (excepto el utilitario inmediato: verdad = ¿para qué sirve?): ni la vida ni la historia, mucho menos el destino individual, arrastrados como estamos por el azar o por la necesidad; rara vez, por el acontecimiento afortunado que algunos interpretan como la única gracia que podemos esperar.

¿Sobre qué construir entonces y por qué construir? La inutilidad de todo compromiso es el telón de fondo de esa falta de planificación que caracteriza el mundo de los jóvenes pero que también contamina el de los adultos y genera esa sensación de inseguridad que conduce a objetivos mínimos de tranquilidad, aislando cada vez más a las personas y decretando la muerte de los adultos. proyectos colectivos. Toda promesa, entonces, suena a escarnio y engaño, desde las de los políticos hasta las de la escuela o las que deberían establecer el amor entre dos personas; de ahí esa actitud de retraimiento, de resignación, de pesimismo, que se está convirtiendo en una identidad del pueblo con evidentes repercusiones también en la vida civil, empresarial y cultural.

Sin embargo, la esperanza no muere, al menos como anhelo y nostalgia. Y si escuchamos atentamente a nuestros jóvenes veremos que la esperanza emerge incluso bajo bromas irreverentes o encogimientos de hombros; está presente incluso si es reprimido por una determinada ideología o pisoteado por experiencias de vida tristes. ¿Pero cómo despertar la esperanza?

Hacer nacer sueños

He aquí el desafío para el educador inspirado por la fe. Abrir al futuro significa hacer nacer sueños, alimentar expectativas, abrirse ampliamente a las promesas de Dios, las que ya están inscritas en la personalidad y en la historia del joven; los que ya ha encontrado y los que todavía está buscando.

Y esto es posible cuando el educador sabe recordar las maravillas de Dios y celebra, en sí mismo, la fidelidad de Dios. Prometer significa, entonces, hacer soñar con esa abundancia de vida que nunca faltará y crecerá día a día. lleno. Sólo quien tiene la memoria de la fe sabe dar la profecía de la esperanza y puede salvar al joven de ese vértigo que podría bloquearlo y tal vez paralizarlo.

Dado que Don Bosco no sólo quiso regalar utopías (según la etimología de la palabra, muchas veces "no se realizan", revelándose como falsas promesas, amargas decepciones que debilitan la voluntad de vivir y de luchar); es la esperanza que quiso dar, la que se fundamenta en la promesa inagotable



de Dios, una confianza que arraiga y crece al ver los signos de su fidelidad (es decir, al leer la vida a la luz de la fe); en definitiva, el gran signo de la Pascua del Señor.

Inspirarnos en Don Bosco

Para suscitar esperanza Don Bosco utilizaba cinco medios:

primero: crítica valiente de la cultura dominante que tendía a negar la trascendencia y explotar la religión (laicismo de la Ilustración/secularismo masónico, peligro protestante, capitalismo que niega los derechos humanos fundamentales); podemos no estar de acuerdo con ciertos análisis hechos por Don Bosco, tributario, como no podía dejar de serlo, de la cultura de su tiempo; pero lo que llama la atención es el hecho de que Don Bosco fue alguien que no aceptó pasivamente la cultura dominante; y esto lo consideraba un elemento indispensable de su educación. Enseñar es crear cultura: ¿pero cuál? ¿Nos limitamos a repartir la cultura dominante? ¿Educamos en el ejercicio honesto del sentido crítico, en el amor apasionado por la verdad, en la comparación sin prejuicios con los demás, en la escucha de la Palabra de Dios, en la síntesis interna en la propia conciencia?

segundo: ofreció a sus hijos *experiencias positivas en el presente*; de esta manera los enamoró de la vida (“¡es una aventura que vale la pena!”), los llevó a creer en sí mismos (autoestima) y los entrenó para afrontar las dificultades que estuvieran a su alcance; sólo construyendo fragmentos de positividad podemos alcanzar ese "continuo" que hace de la vida una positividad digna de ser interpretada, planificada y realizada (hemos visto que este es el verdadero significado del adjetivo "preventivo" con el que Don Bosco quiso caracterizar su sistema educativo). ¿Hacemos del colegio u oratorio un ambiente altamente proactivo ofreciendo formas de ser, de relacionarnos, de actuar que permiten tocar con mano los valores éticos que ilustramos? Y, para ello, ¿valoramos las inclinaciones positivas que demuestran los jóvenes de hoy o vivimos sólo de herencias, comprobadas sí pero también endurecidas y entristecidas por la costumbre? ¿Sabemos inventar experiencias positivas con los jóvenes?

tercero: les hacía soñar; por eso contaba los sueños de Dios sobre la vida (casi un detonante de los propios sueños y una invitación a no conformarse con estándares bajos) mientras abría ante sus ojos los sueños posibles para aquellos tiempos y para esa época (pensemos en las aventuras misioneras o en las empresas para la recuperación de los más desfavorecidos del Turín de la época); y esto contra un realismo que, de hecho, se revelaba y se revela aún hoy, un pragmatismo plano, una obediencia a criterios que ignoran la dignidad de la persona, siempre basados en la autotrascendencia. ¿Animamos a nuestros jóvenes a expresar los sueños que llevan dentro de sí para conocerse mejor, querer ser diferentes, planear en grande para ellos mismos? ¿Unimos sus sueños (a menudo enfermos de individualismo egoísta) con los grandes sueños de la humanidad así como con los grandes sueños que Dios tiene para la humanidad? ¿No encontramos aquí un camino abierto a la orientación vocacional en sentido amplio y en sentido eclesial?

cuarto: les proporcionaba el lenguaje de los sueños (pensemos en el teatro, las obras improvisadas, los concursos de poesía, las bandas musicales, la invención de los juegos, la libertad de la imaginación y la creatividad); éste es también un problema actual: la imaginación juvenil es cada vez más pobre y cada vez más infestada de monstruos, de imágenes de violencia, de vulgaridad, de banalidad; de modo que los sentimientos más verdaderos ya no encuentran lenguaje adecuado para expresarse y ofrecerse y los sueños son sueños pálidos o sueños tristes. Pienso también en una cierta manera de proponer la literatura, el arte, así como ciertos lenguajes modernos de la red...



quinto: *promovía la experiencia de grupo*, esa agregación que satisfacía no sólo la necesidad de socialización y amistad sino también el deseo de construir algo juntos en el presente, con miras al futuro, inculcando así ese sentimiento de solidaridad que se expresaba, una vez adultos, en modelos de microsociedades solidarias, mientras fundaba un sólido sentido cívico de responsabilidad colectiva ("buenos cristianos y ciudadanos honestos", como solía decir).

CONCLUSIÓN

Una pregunta desafiante: ¿qué posición tomamos ante la vida? ¿Ante nuestra vida y la vida de los jóvenes? Este es un punto de partida fundamental para vivir el Jubileo: ¡porque la Gracia de Dios no es otra cosa que servicio a la vida! Vivirla a lo largo de los días, porque la Esperanza no es un lema de un año especial (Jubileo), sino que es un programa de vida, es una opción de vida y es un estilo de misión.

- ¿No debería ser necesario relanzar nuestro compromiso salesiano precisamente sobre el desafío de la esperanza?
- ¿La que surge en nosotros de una profunda compasión por las numerosas muertes de jóvenes y de una cultivada pasión por la vida?
- ¿La que nos damos a nosotros mismos dentro de la Familia Salesiana viviendo la caridad fraterna y misericordiosa?
- ¿La que comunicamos a nuestros colaboradores, ayudándoles a captar y experimentar su valor?
- ¿La que constituye el telón de fondo de nuestros planes educativos y didácticos?

Toca a nosotros asumir el interrogativo y la consiguiente reflexión.

Me alegra mucho que esta reunión *on line* de los Salesianos Cooperadores de la Región se realice como preparación a la celebración del 150 aniversario de la fundación de la Asociación, y dentro del Jubileo 2025, en el que estamos llamados con toda la Iglesia a “*re-descubrir la esperanza – anunciar la esperanza – construir la esperanza*” como gracia para toda la Humanidad, y con toda la Congregación y la Familia Salesiana, a estar “*Anclados en la esperanza y ser peregrinos con los jóvenes*” para llenar de la alegría y del amor de Cristo nuestro mundo, especialmente a los jóvenes.

Nos encomendamos a Santa María del Sábado, Aquella que siguió creyendo y esperando mientras veía a su Hijo crucificado, muerto y sepultado, para que nos eduque en la esperanza y nos enseñe a educar en la esperanza. Si la primera bienaventuranza, la «bienaventuranza de la fe», fue de María, podemos hablar también de una «bienaventuranza de la esperanza», la recogida en su «Magníficat» a través del cual ella contempla la historia con los ojos de la fe y ve que el cumplimiento del maravilloso plan de Dios ya comenzó y glorifica al Señor que nunca defrauda nuestra esperanza!

P. Pascual Chávez V., SDB

Roma,
8 de Febrero del 2025